

Las encuestas electorales en México: alcances y límites

Peña, Ricardo de la

Veröffentlichungsversion / Published Version

Zeitschriftenartikel / journal article

Empfohlene Zitierung / Suggested Citation:

Peña, R. d. I. (2016). Las encuestas electorales en México: alcances y límites. *Revista Mexicana de Estudios Electorales*, 16, 8-36. <https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:0168-ssoar-46724-7>

Nutzungsbedingungen:

Dieser Text wird unter einer CC BY Lizenz (Namensnennung) zur Verfügung gestellt. Nähere Auskünfte zu den CC-Lizenzen finden Sie hier:

<https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.de>

Terms of use:

This document is made available under a CC BY Licence (Attribution). For more information see:

<https://creativecommons.org/licenses/by/4.0>

Las encuestas electorales en México: alcances y límites

Ricardo De la Peña¹

RESUMEN

Existe una crítica, fundada en simplificaciones y mitos, en torno a la exactitud de las encuestas publicadas sobre preferencias electorales en México, que ha alimentado una actitud poco autocrítica y sobradamente autocomplaciente de los profesionales del gremio. Esta polarización no deja en claro los reales alcances y límites que pueden advertirse conforme la evidencia disponible en estos estudios: es claro que las encuestas han advertido correctamente sobre los formatos de las contiendas en la mayoría de los casos, pero es también claro que hay problemas de exactitud cuya solución no es para nada sencilla y cuyo diagnóstico y atención concierne lo mismo a encuestadores que a analistas sociales. Es verdad que durante muchos años las encuestas pudieron dotar de certidumbre a los procesos electorales y que hoy en día esto no es siempre cierto, pero es verdad que en ello no dejan de estar presentes fenómenos de simulación de las preferencias por la ciudadanía. Esta actitud responde a diversos factores que rebasan el ámbito demoscópico y apunta a cuestiones de naturaleza política y cultural.

Palabras clave: encuestas, elecciones, pronósticos, exactitud, anomalías, límites.

¹ Presidente Ejecutivo de Indagaciones y Soluciones Avanzadas, S.C. y Director Adjunto de la “Revista Mexicana de Opinión Pública” de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México. Sociólogo, egresado de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México. Estudió los diplomados: Universitario en Análisis Político por la Universidad Iberoamericana; Diplomado en Economía Aplicada por el Instituto Tecnológico Autónomo de México. Correo electrónico: ricartur@gmail.com

ABSTRACT.

9) There is a critical, based on simplifications and myths, about the accuracy of published electoral polls in Mexico, which has fueled an attitude barely self-criticism and self-indulgent in the professional guild. This polarization does not make clear the real scope and limits which may be shown as available evidence in these studies: it is clear that the surveys have warned properly about the competition's formats in most cases, but it is also clear that there are problems about the accuracy, whose solution is not at all simple and whose diagnosis and care which concerns the same pollsters that social analysts. It is true that for many years the polls could provide certainty to the electoral process and today this is not always the case, but it's true that it doesn't cease to be present phenomena simulation preferences for citizenship. This approach responds to several factors that are beyond the scope of public opinion polls and pointing to issues of political and cultural nature.

Key words: elections, presidential, Mexico, polls, accuracy, bias.

INTRODUCCIÓN.

Hemos asistido por muchos años a un diálogo de sordos: al panegírico se ha contrapuesto la diatriba. Desde el gremio de la demoscopia se ha alimentado una actitud defensiva ante la crítica de políticos, intelectuales y comunicadores, a quienes se les ha vuelto fácil exigir la autoflagelación por los encuestadores, sin más destino que la pretensión de complacer a las galerías.

¿Qué tal si ahora intentamos ir más allá de los juicios fáciles, ir hacia una relectura de los datos duros que supere el halago y el vituperio y eluda la disputa sobre quién fue el encuestador más “atinado”, desde la perspectiva que mejor nos acomode? Ya hace más de medio siglo que el ilustre Maurice Duverger (1962:266-268), advertía que la lectura de los resultados de las encuestas, más allá de las “deformaciones dimanantes del azar”, debía tomar en consideración otras “deformaciones dimanantes de fenómenos psicosociales”, por lo que “los resultados de las encuestas por sondeos no son, [...] más que resultados aproximados. Es importante no olvidarlo y no pedir al método más de lo que puede dar”. Hay evidencia irrefutable de problemas en las mediciones mediante encuestas por muestreo que han afectado; de alguna manera y en distinta

magnitud, según el responsable y el momento, a las mediciones sobre preferencias electorales. Como también ha ocurrido en muchas otras naciones en ocasiones diversas (Durand et. al., 2010).

Dejemos por ahora de lado la revisión analítica que apunta a una separación real en el campo de la investigación demoscópica entre quienes advierten que la exactitud de las mediciones, entendida como proximidad observada entre estimaciones por encuesta y resultados electorales, es un evento externo al proceso de investigación; y quienes asumen que no lograr exactitud es una anomalía que requiere explicaciones y correcciones, pues es tarea propia del campo el pronosticar los resultados por venir, tema que tocaremos al final. Quedemos por ahora en el ejercicio de revisión de la evidencia empírica disponible en el caso específico de las encuestas preelectorales durante el presente siglo.

LAS ENCUESTAS PRESIDENCIALES

Concentrémonos primero en las tres elecciones presidenciales más recientes y en las encuestas publicadas. Veamos qué podemos decir a partir de esta evidencia². Mas para los fines de este análisis, eliminemos los casos de encuestas que estén fuera de la ventana de tres semanas previas a la elección, o que hayan sido difundidas después del término del período legalmente permitido. Eso nos deja 39 estudios, 13 por cada elección presidencial; 52 estimaciones por componente y elección; 156 cotejos posibles de componentes contra resultado.

La Gráfica 1 junta diversos medidores de exactitud de estas mediciones³, de diversas encuestadoras, con metodologías para el muestreo y cuestionarios distintos; diferentes procesos de control de calidad y de recuperación y procesamiento de datos operativos de campo separados y resultados que corresponden lo mismo a lo observado que a modelos para presuntamente detectar a los “votantes probables”.

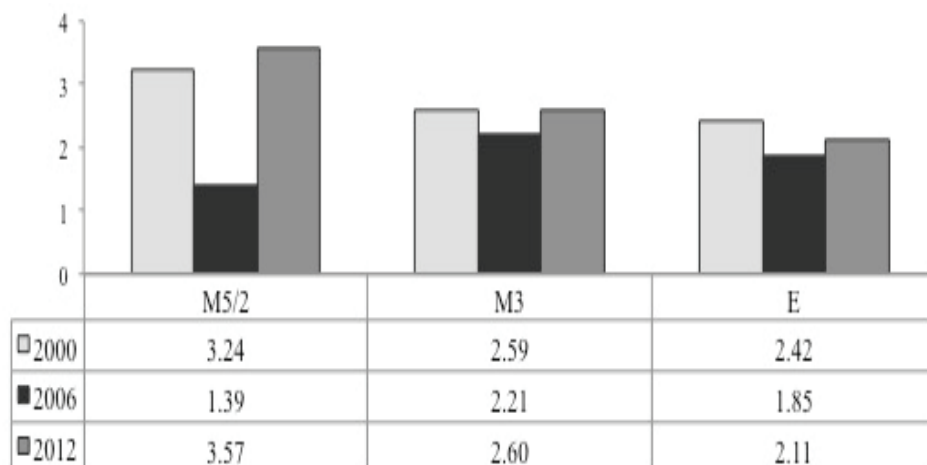
2 El recuento de encuestas consideradas para esta parte del artículo tomó como fuentes, diversas publicaciones del Instituto Federal Electoral (2001, 2010 y 2012).

3 Tomamos los dos indicadores más usados de los propuestos por Mosteller (1949). El M5/2 (para estimar el error medio por componente entre los dos primeros lugares). Y el M3 (estimador del error medio de todos los componentes). Así como un estimador del error estandarizado propuesto originalmente por De la Peña (2015).

GRÁFICA 1

INEXACTITUD PROMEDIO DE LAS ENCUESTAS PÚBLICAS FINALES, PREVIAS A LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES EN MÉXICO (2000-2012)

11



Fuente: cálculos del autor con base en IFE (2001, 2010 y 2012).

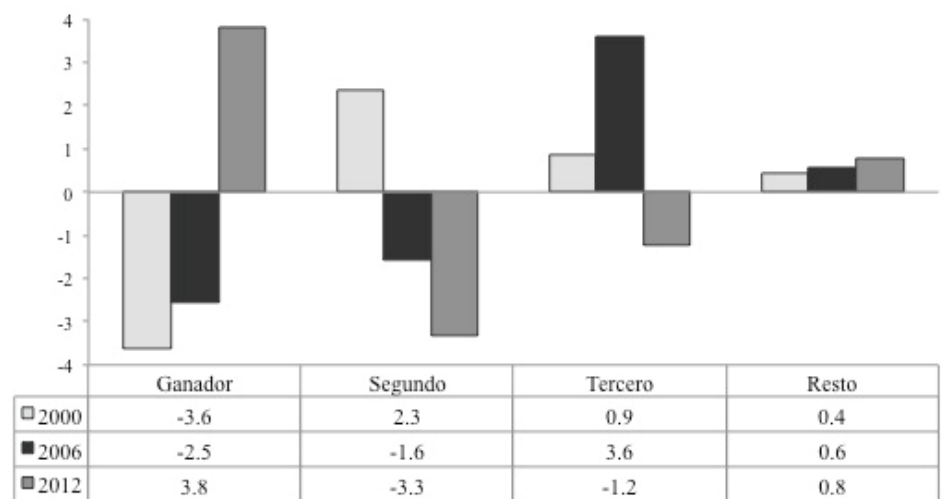
Sobre este ejemplo cabría hacer varias apreciaciones. La primera, anteriormente documentada, es lo falaz del problema de supuesta pérdida de exactitud de las mediciones por encuesta, previas a las elecciones respecto al resultado. Al menos por lo que toca a los ejercicios para las contiendas por la Presidencia de la República. En promedio las encuestas se han distanciado 2.5 puntos por componente, lo que está dentro de lo estadísticamente esperado y las variaciones de este distanciamiento de vez en vez son menores: 2.6 en 2000, 2.3 en 2006 y 2.6 en 2012.

La segunda es que ciertamente existe una menor exactitud en lo tocante a la distancia entre los dos primeros lugares, tendiendo a sobreestimarse sistemáticamente, en algunos casos, a un competidor en detrimento de otros. Empero ello no ha seguido un patrón uniforme, pues mientras en una ocasión la sobreestimación redujo la ventaja estimada para el ganador (2000), en la otra tuvo el efecto contrario: aumentó la ventaja estimada para quien resultó ganador (2012). En 2006, el promedio de las encuestas registró un práctico empate que ocurrió en la realidad, pero muchas encuestas dieron un orden distinto a los contendientes.

Esta inconsistencia entre el sesgo sistemático mostrado por el promedio de las encuestas difundidas y los resultados es un elemento que soporta la afirmación de que no existe evidencia de que una sobreestimación en las encuestas por un contendiente dado, ha de propiciar un incremento de su votación. En 2000, aunque la mayoría de encuestas daban un orden de los contendientes distinto al resultado, ello no produjo un aumento del voto para quien fue colocado en ventaja y finalmente perdió; en 2012, todas las encuestas daban como ganador a quien lo fue y la sobreestimación de la distancia no provocó que la brecha final fuera menor a la advertida por las encuestas (Gráfica 2).

GRÁFICA 2

INEXACTITUD PROMEDIO (M₃) DE LAS ENCUESTAS PÚBLICAS FINALES PREVIAS A LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES EN MÉXICO SEGÚN ORDEN DE LOS CONTENDIENTES (2000-2012)

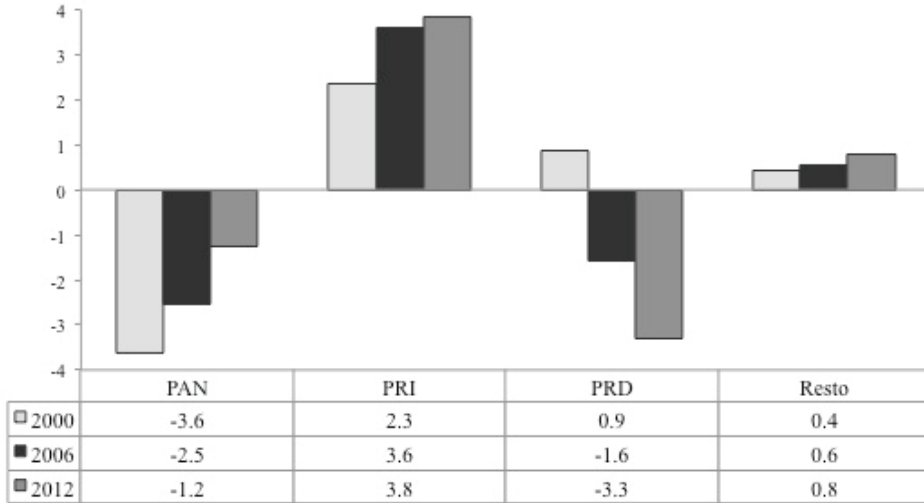


Fuente: cálculos del autor con base en IFE (2001, 2010 y 2012).

Sin embargo, esta conclusión cambia si lo que se observa es el sesgo presente no por componente según su orden de terminación, sino según si corresponde a un partido o coalición encabezada por alguno de los partidos mayores (gráfica 3).

GRÁFICA 3

INEXACTITUD PROMEDIO (M_3) DE LAS ENCUESTAS PÚBLICAS FINALES PREVIAS A LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES EN MÉXICO SEGÚN PARTIDO CONTENDIENTE (2000-2012)



Fuente: cálculos del autor con base en IFE (2001, 2010 y 2012).

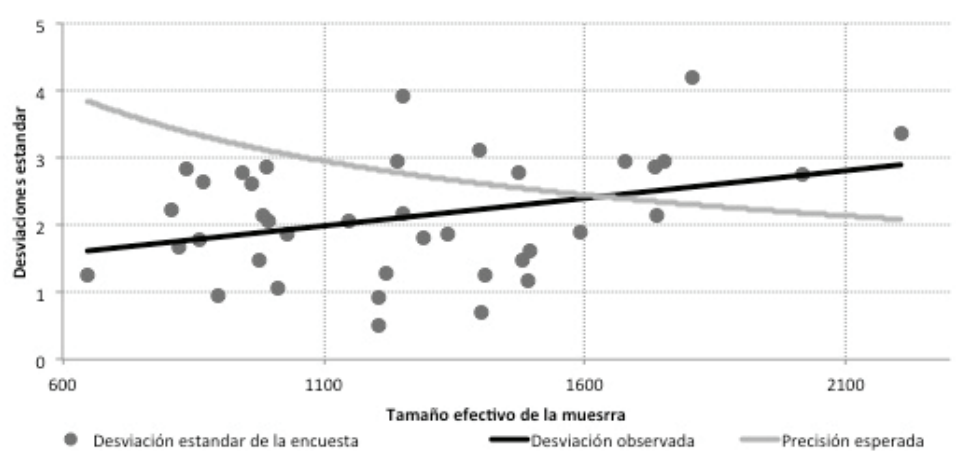
En este caso lo que se observa es que existe una tendencia sistemática del conjunto de encuestadoras a sobreestimar al partido otrora hegemónico, en detrimento de otras opciones electorales. Ello hay que verlo no como un “sesgo de casa”, sino como un fenómeno que viene ocurriendo de manera regular a lo largo del tiempo y que implica una fuente de desviación esperable.

La tercera es que, a pesar de que las estimaciones de la inexactitud media parecieran reflejar un rendimiento eficiente de las encuestas, como instrumento de aproximación a los resultados, cuando se ve la desviación en que se incurre en cada estimación en particular respecto al resultado, medida en términos de desviaciones estándar de lo observado. Existe ciertamente una proporción más elevada de lo que estadísticamente podría esperarse fuera de norma. Y una distribución que en todo caso presenta un carácter bimodal que esconde en los promedios, desviaciones más altas de lo esperable y colas muy anchas respecto a un comportamiento normal (De la Peña, 2015).

La cuarta es que no resulta empíricamente demostrable que entre mayor sea el tamaño de la muestra que se tome, mayor será la exactitud de la medición con respecto al resultado de una elección presidencial (Gráfica 4). De hecho, desde menos de mil casos efectivos se cuenta con mediciones igualmente exactas que encuestas con una muestra mayor y a partir de más de mil quinientos casos, la mejora en la precisión estadística no se refleja en una mayor exactitud con el resultado, lo que reafirma la idea de que la exactitud de una encuesta es algo ajeno al acto mismo de medición (con una R2 de apenas 0.12).

GRÁFICA 4

DESVIACIONES ESTÁNDAR DE LAS ESTIMACIONES POR ENCUESTA RESPECTO AL RESULTADO DE LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES EN MÉXICO SEGÚN TAMAÑO EFECTIVO DE LA MUESTRA (2000-2012)



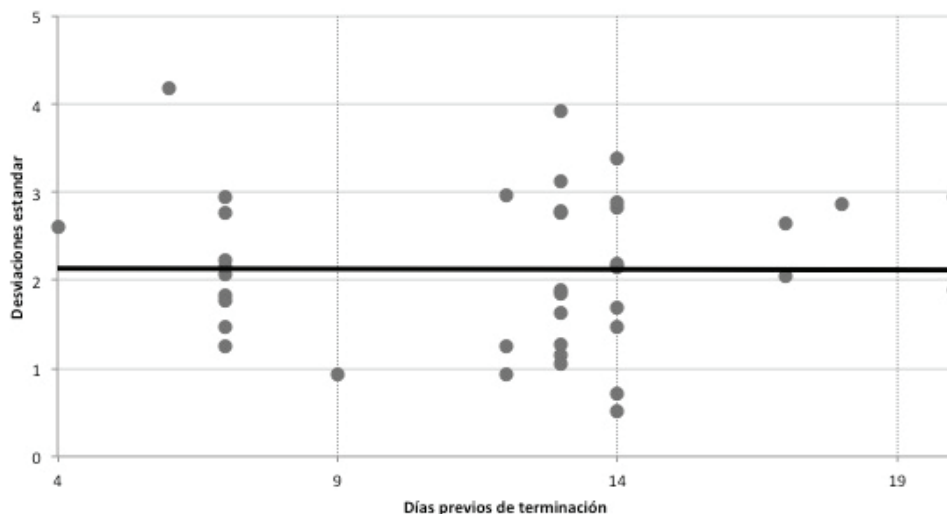
Fuente: cálculos del autor con base en IFE (2001, 2010 y 2012).

La quinta observación es que el efecto real de la distancia temporal entre la medición y el evento electoral tiene un impacto reducido en la exactitud lograda por la encuesta; siempre y cuando, se defina una ventana no mayor a tres semanas entre el momento de la medición y el evento electoral (Gráfica 5).

GRÁFICA 5

DESVIACIONES ESTÁNDAR DE LAS ESTIMACIONES POR ENCUESTA PARA LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES DE MÉXICO SEGÚN DÍAS PREVIOS DE TERMINACIÓN DEL CAMPO (2000-2012)

15



Fuente: Cálculos del autor con base en IFE (2001, 2010 y 2012).

Así, la evidencia no soporta la hipótesis de que entre más próxima sea la medición, más exacta será respecto al resultado. Al contrario, la evidencia reforzaría la idea de que la exactitud de una encuesta en relación con el resultado se debe primordialmente, a factores externos y distintos a cambios temporales en las preferencias de los electores.

Empero, ¿Qué sucede si los cambios en las preferencias del electorado ocurren después de la última medición pública, previa al momento de votar? Ello no es usual. De hecho, existe evidencia de que un segmento no insignificante del electorado decide sobre su voto en el último momento. Estos cambios finales pueden no afectar el orden ni los repartos entre los contendientes; si así ocurre, se creará que la encuesta próxima a la elección fue exacta respecto del resultado. Pero si los cambios modifican los repartos; e incluso, el orden de los contendientes, se dirá, sin bases, que la encuesta próxima a la elección fue inexacta.

La periódica revisión por la autoridad electoral de los llamados “criterios generales de carácter científico” para la publicación de encuestas va de la mano con una creciente complejidad de un sistema electoral que desde antaño no ha sido fácil medir mediante encuestas por muestreo. No se trata de un sistema con dos partidos prácticamente sin competencia, que se disputan uno al otro el voto, sino de una realidad multipartidaria que cada vez es más compleja e imprevisible. El reparto de los votos en México puede desplazarse entre una multitud de partidos y puede partirse entre partidos y candidatos independientes que gozan de registro, pues ahora no solo se ha diversificado la oferta de partidos entre los que el elector puede optar; sino que existen contendientes no partidarios cuya inclusión e impacto en las contiendas, no tiene antecedentes y que complejizan la medición por encuesta. Los encuestadores que enfrentan sistemas multipartidarios estarían, como los físicos, ante el “problema de los tres cuerpos”, que resultó ser muy diferente y muchos más complejo e inexacto que la medición de los efectos gravitacionales en el movimiento de dos cuerpos (Stewart, 2015: 89).

En adelante, veremos una parte de la evidencia disponible que permite afirmar que las encuestas electorales pueden normalmente aproximarse a los resultados en las urnas, pero que eventualmente, en México como en otras muchas democracias, eso no ocurre así, por factores que están fuera del control de los propios investigadores. Esta revisión de los resultados de estudios demoscópicos carece por lo general de interés para los medios de comunicación, que ven en las encuestas electorales un elemento informativo; en la medida que posibilite una “prognosis” de eventos por venir en lo inmediato, pero cuya “necropsia” carece de interés noticioso y que, por ende, queda confinada a los espacios académicos de reflexión.

Pero vayamos a la evidencia, en el entendido de que, al final de cuentas, toda teoría debe basarse en la experiencia, “las hipótesis científicas se relacionan con las pruebas empíricas, verificándolas o falseándolas” (Shapere, 1985). Si un primer ejercicio fue realizado varias semanas antes de las elecciones; y logró reflejar, así sea sólo de manera aproximada, la distribución de preferencias declaradas en ese momento por los ciudadanos, pero las preferencias de una parte de estos ciudadanos cambió posteriormente, entonces se supondrá que

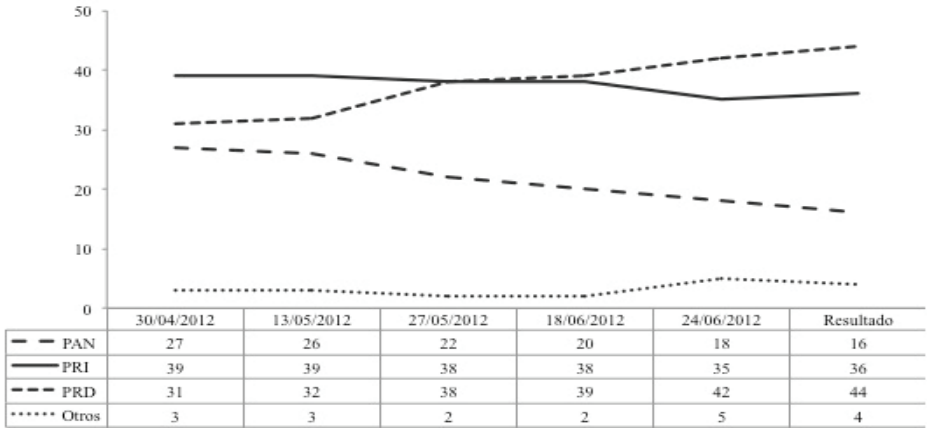
un nuevo ejercicio de encuesta arrojará un resultado distinto al anterior y más próximo a las nuevas preferencias que declara el electorado. Así, la medición ulterior dejará caducas a las precedentes.

Cabe mencionar que los cambios previos, durante la campaña y al cierre de la misma, en las preferencias del electorado no son necesariamente reflejo de una condición veleidosa de los ciudadanos. Al contrario, serían el resultado directo de la aplicación de recursos y esfuerzos de los contendientes por modificar las preferencias del electorado, con miras a obtener el mejor resultado posible en las urnas. Si la sociedad ha decidido destinar montos elevados de recursos financieros en efectivo y en especie para las campañas, es de suponerse que ello tendrá algún efecto en las preferencias y, por ende, en las decisiones de voto.

En este artículo utilizamos principalmente datos producto de encuestas electorales hechas públicas por la alianza GEA-ISA, por haber obtenido el derecho a su uso y acceso irrestricto a las bases de datos. Pero seguramente cada encuestadora con experiencia tendría ejemplos de fenómenos similares en sus propias mediciones. Veamos uno de los muchos casos en que las mediciones finales estuvieron muy próximas a los resultados oficiales, validando una serie de observaciones en el tiempo: el seguimiento de GEA-ISA de la elección para Gobernador del Estado de Morelos en 2012 (Gráfica 6). Como podrá observarse en esta lámina, GEA-ISA observó primero una ventaja para el PRI, luego un empate, que se resolvió con una toma de ventaja del candidato del PRD que se reflejaría en la última medición y que correspondería, casi puntualmente, con el resultado en las urnas.

GRÁFICA 6

ESTIMACIONES DE INTENCIÓN DE VOTO PARA GOBERNADOR DEL ESTADO DE MORELOS DE LA SERIE DE ENCUESTAS GEA-ISA EN 2012

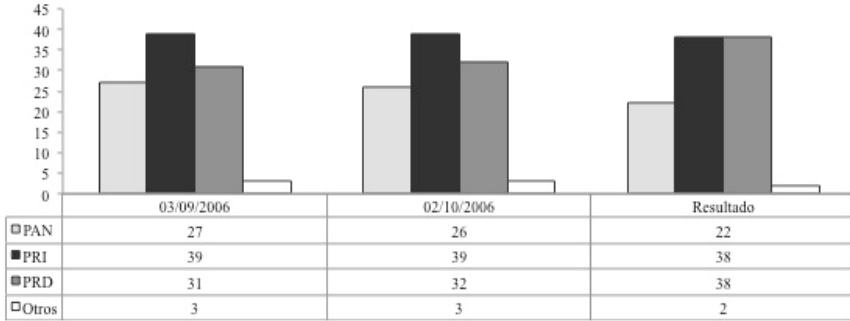


Fuente: GEA-ISA, Serie de encuesta sobre preferencias electorales en el estado de Morelos para Editoriales de Morelos, abril-junio de 2012.

Pero existen casos en que las mediciones pueden reflejar una realidad determinada y ésta ser solamente cierta en la parte publicada, pero no corresponder necesariamente a toda la realidad observada, puesto que la mayoría de las mediciones quedan ocultas a los ojos del público. Este fenómeno de “iceberg”, impide realizar afirmaciones categóricas y válidas sobre el desarrollo de una contienda a partir de series discretas de encuestas y no de seguimientos continuos de las preferencias a lo largo de un proceso electoral. Disponemos de un caso que puede considerarse paradigma de este fenómeno: la serie de encuestas públicas de GEA-ISA para la elección de Gobernador de Tabasco bajo el patrocinio del PRI en 2006 (Gráfica 7) y el seguimiento diario de preferencias de esta misma encuestadora, que no fuera hecho del dominio público hasta después de la elección, con autorización expresa del mismo patrocinador (Gráfica 8).

GRÁFICA 7

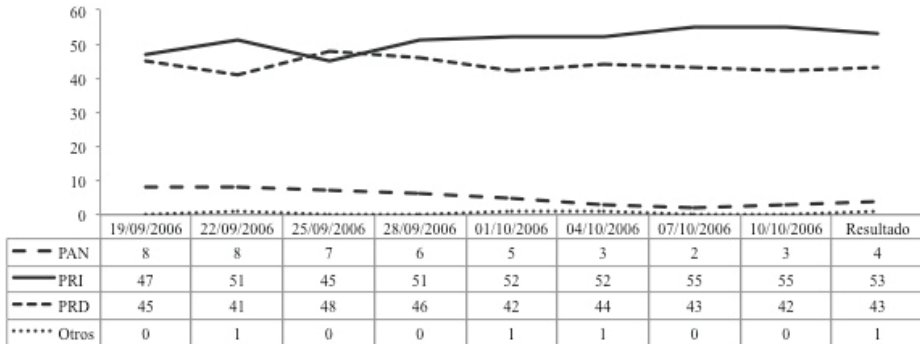
ESTIMACIONES DE INTENCIÓN DE VOTO PARA GOBERNADOR DEL ESTADO DE TABASCO DE LA SERIE DE ENCUESTAS PÚBLICAS GEA-ISA EN 2006



Fuente: GEA-ISA, Encuestas sobre preferencias electorales en el Estado de Tabasco para el Partido Revolucionario Institucional, 1-3 de septiembre y 30 de septiembre-2 de octubre de 2006.

GRÁFICA 8

ESTIMACIONES DE INTENCIÓN DE VOTO PARA GOBERNADOR DEL ESTADO DE TABASCO DEL SEGUIMIENTO DIARIO DE GEA-ISA EN 2006



Fuente: GEA-ISA, Encuesta de seguimiento diario de las preferencias electorales en el Estado de Tabasco para el Partido Revolucionario Institucional, septiembre-octubre de 2006.

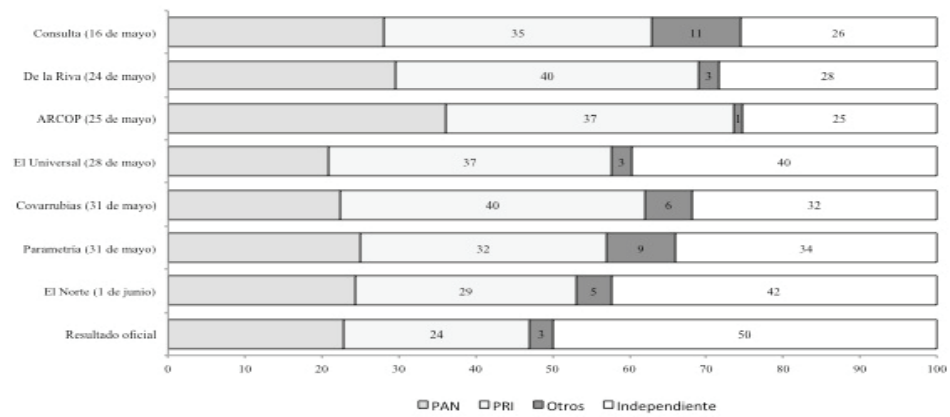
Supongamos por un momento que se hubieran hecho del dominio público los datos obtenidos el 25 de septiembre, solo esos. Eso no hubiera sido extraño, pues seguramente el PRD lo habría auspiciado de ser el patrocinador del estudio y lo fue de encuestas hechas por GEA-ISA en Chiapas, dos meses antes. Entonces se hubiera dicho que la encuesta “falló” no solo por estar distante de

la distribución de votos que posteriormente se dio en las urnas, sino al dar un ordenamiento de los primeros lugares, distinto al resultado. Sin embargo esto es falso, se trataría de la distribución de preferencias declaradas en un momento determinado, que sería consistente con un seguimiento que arrojó estimaciones coincidentes con otras encuestadoras a lo largo del proceso (como Reforma, El Universal y Milenio) y que resultaron muy exactas de los resultados a lo largo de toda la campaña.

LA EVIDENCIA DE ANOMALÍAS

Para iniciar la documentación de casos francamente extraordinarios o anómalos desde la perspectiva de un potencial predictivo actual, veamos un caso más reciente: la elección para Gobernador del estado de Nuevo León en 2015. Esta elección es de interés no solamente por su cercanía temporal, sino por ser la primera ocasión en la que triunfa un candidato independiente en una gubernatura. Primero, hemos de tomar la lista de estudios difundidos, reportada por la Comisión Estatal Electoral, órgano local responsable del proceso, que considera solo los estudios que fueron publicados en medios locales, para estimar la exactitud de estos estudios con el resultado final de esta contienda (Gráfica 9).

GRÁFICA 9
ESTIMACIONES DE INTENCIÓN DE VOTO PARA GOBERNADOR DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN DE LAS ENCUESTAS PUBLICADAS EN 2015



Fuente: Informe de la Secretaría Ejecutiva de la Comisión Estatal Electoral relativo al monitoreo de publicaciones im-

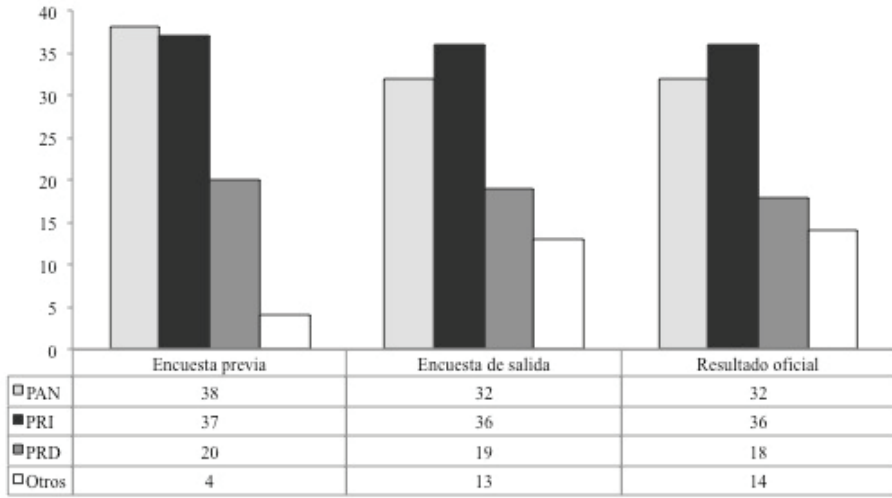
No vamos a hacer un análisis profundo de estos estudios, pero sí quisiéramos apuntar algunos hechos. Primero que el promedio de las encuestas e incluso la mejor estimación, en términos de exactitud, estuvieron muy distantes del resultado, más que lo convencional y que lo registrado en elecciones nacionales; segundo, todo indica un cambio hacia el crecimiento al cierre del proceso del respaldo por la candidatura independiente, que afectó la exactitud de mediciones terminadas antes; tercero, que el tamaño muestral resultó poco relevante para la exactitud de los estudios; y que encuestas que recurrieron a procedimientos probabilísticos resultaron menos exactas que la estimación más próxima al resultado, que recurrió a un procedimiento de “cuotas” que supone un menor rigor en la selección en la etapa final del entrevistado.

Vistos los datos anteriores, ¿Cómo se puede discriminar entre eventos en los que lo que afecta la exactitud por cambios en el tiempo o problemas de detección de los votantes reales de aquellos en los que habría una simulación de las intenciones de voto por los electores? Para hacerlo, tendríamos que recurrir a la comparación de los resultados de estudios preelectorales con los de estudios a votantes a la salida de las casillas. En estos últimos, ya no pueden presentarse problemas de cambios de última hora en las preferencias, ni dificultades para la detección de los votantes entre los electores, pues es a quienes ejercen realmente su voto a quien se consulta.

Tenemos un ejemplo añejo pero pertinente, que sugiere que la inexactitud de una medición preelectoral podría explicarse por problemas de detección de los votantes en el universo de los electores. Este caso corresponde a la encuesta nacional previa a la elección para diputados federales y la correspondiente encuesta de salida de GEA-ISA en 2003 (Gráfica 10), que toman la misma muestra de secciones y que, por ende, resultan cotejables. Es claro que en la encuesta previa existió una subestimación de los partidos menores, que favoreció a un partido e invirtió el orden de los primeros lugares, pero esta inexactitud se corrigió luego, en el ejercicio a la salida de las casillas.

GRÁFICA 10

ESTIMACIONES DE INTENCIÓN DE VOTO PARA DIPUTADOS FEDERALES EN LAS ENCUESTAS NACIONALES “PREVIA” Y “DE SALIDA”, DE GEA-ISA, EN 2003



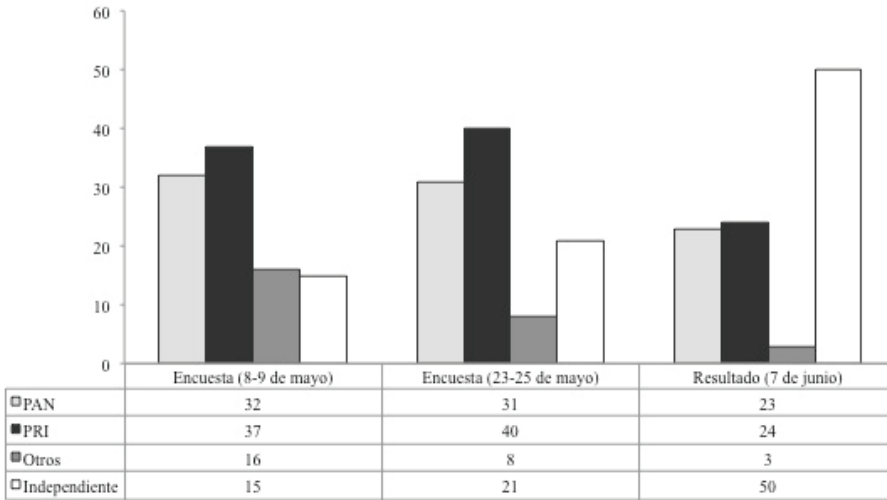
Fuente: GEA-ISA, *Encuesta nacional previa a elecciones federales, 19-22 de junio de 2003; Encuesta simultánea a las elecciones federales para CNI, 6 de julio de 2003.*

Si bien los sesgos observados en la encuesta preelectoral podrían atribuirse a problemas en la detección de los votantes; o incluso al falseamiento de respuestas, existe otra explicación posible. Existieron propensiones a participar en las elecciones que fueron distintas según la preferencia de los ciudadanos. Quienes se inclinaban por partidos mayores tuvieron al final menos motivadores reales para concurrir a votar que aquellos que tendían a preferir una opción menor, y estas propensiones fueron distintas según el partido del que se tratara.

Pero esta explicación no siempre es válida. Tomemos los datos de la encuesta de salida de Parametría (2015) para la elección de Gobernador de Nuevo León. En este caso, existe evidencia de que la declaración del sentido del voto por los electores que realmente fueron a votar, no coincidió con lo dicho al encuestador. Esto es, existió un falseamiento de los electores en la declaración del sentido de su verdadero voto, que no podría compensarse asumiendo solamente tasas diferenciadas de participación o sesgos en el muestreo.

GRÁFICA 11

ESTIMACIONES REPORTADAS DE LA INTENCIÓN DE VOTO PARA GOBERNADOR DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN DE GEA-ISA EN 2015



Fuente: GEA-ISA, Encuestas sobre preferencias electorales en el Estado de Nuevo León, 8-9 de mayo y 23-25 de mayo de 2015.

Analicemos ahora los resultados observados en ejercicios realizados por GEA-ISA para la misma elección para gobernador de Nuevo León, no reportados por la autoridad electoral local, pero que fueron difundidos a través de los sitios de las empresas y que indudablemente, no dieron un ordenamiento adecuado de los contendientes y no reflejaron el peso en las preferencias del electorado del candidato independiente, por lo que fueron inexactos en relación con el resultado de la contienda (Gráfica 11).

La fuente de la diferencia entre estimaciones y resultados no fue el muestreo, lo que puede constatarse mediante el cotejo de los resultados en las secciones en muestra contra el resultado oficial en la totalidad de las secciones, que reflejaría desviaciones inferiores al medio punto por contendiente. No es sólido sostener que fueron problemas de confección del cuestionario o de control de calidad en el estudio, dado que el instrumento corresponde, en lo fundamental, al empleado en otros estudios que arrojaron estimaciones muy exactas y

que las normas y procedimientos de control del trabajo fueron las convencionalmente utilizadas.

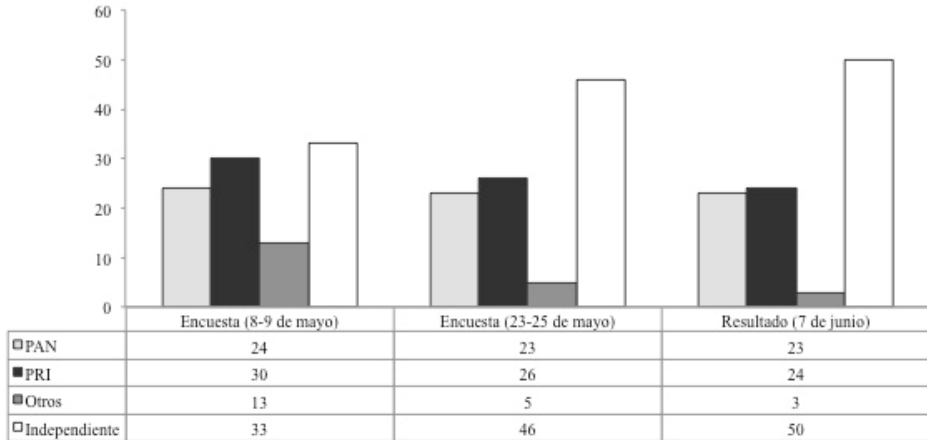
Existe una afirmación prácticamente generalizada en el gremio: los encuestadores no supieron cómo medir las candidaturas independientes. Y esta incapacidad no solo fue importante en la pasada elección para gobernador de Nuevo León, sino que será relevante a futuro pues las candidaturas independientes llegaron para quedarse en el sistema político-electoral mexicano. Entonces, ¿Es realmente posible medir a través del instrumento de la encuesta las preferencias por candidatos independientes dentro del conjunto de competidores por cargos de elección popular en nuestro país hoy día?

Asumamos que el elector tendió a ocultar su intención de voto en el símil de boleta del que le hacían entrega los entrevistadores, lo que finalmente es su derecho y decisión. ¿Habrían estos mismos electores consultados revelado en otro momento de la entrevista el auténtico sentido de su preferencia? Supongamos que sí. ¿En qué momento lo harían? Recordemos que los encuestadores suelen utilizar baterías de preguntas para determinar el nivel de (re)conocimiento de los candidatos por su nombre y/o partido; y luego, aplicar preguntas que permitan conocer la opinión general sobre cada contendiente (los llamados “termómetros”).

¿Qué pasa si cada vez que un consultado nos informa que sí (re)conoce a un candidato o candidata independiente y tiene una opinión positiva de él o ella, asumimos que es un votante potencial por dicha candidatura y cuando no participa de dicha opinión positiva, tomamos como el sentido de su preferencia aquello que respondió en la boleta? Esto es ¿Qué pasa si construimos una variable “oculta” que asuma como votante potencial por una candidatura independiente a quien diga tener una opinión positiva por tal candidatura y al resto se le asigna su respuesta a partir de la pregunta tradicional sobre preferencia? En el caso de las encuestas GEA-ISA este procedimiento corrige de manera adecuada la medición y aproxima la última encuesta de esta alianza al resultado preliminar, con un giro de cuatro puntos a favor del ganador entre el momento de medición y el evento electoral, que pudiera corresponder a ajustes en las preferencias de los electores al cierre del proceso (Gráfica 12).

GRÁFICA 12

ESTIMACIONES CORREGIDAS DE LA INTENCIÓN DE VOTO PARA GOBERNADOR DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN, DE GEA-ISA, EN 2015



Fuente: GEA-ISA, *Encuestas sobre preferencias electorales en el Estado de Nuevo León*, 8-9 de mayo y 23-25 de mayo de 2015.

Por ello provisionalmente puede tomarse esta hipótesis como punto de partida para adaptarlo a los formatos de futuras contiendas y modelar así escenarios de reparto de preferencias en ejercicios de medición donde participen candidatos independientes. Sin embargo, desconocemos la aplicabilidad universal de esta hipótesis y, en todo caso, solo constituye un modelo simple de lo que podrá enfrentarse en la realidad: podrán haber contiendas con múltiples candidaturas independientes y no sabemos aún cómo sopesar o repartir preferencias con este método alterno cuando ello ocurra. Luego, a futuro no queda más que contrastar estas correcciones posibles con los resultados que se den en las urnas, con el fin de poder corroborar o refutar la validez general de la hipótesis y sus posibles adecuaciones a casos más complejos, en los que es posible que tengamos que recurrir, adicionalmente, a una suerte de “independentómetros” (Raphael, 2015).

LA EVIDENCIA DE SIMULACIÓN

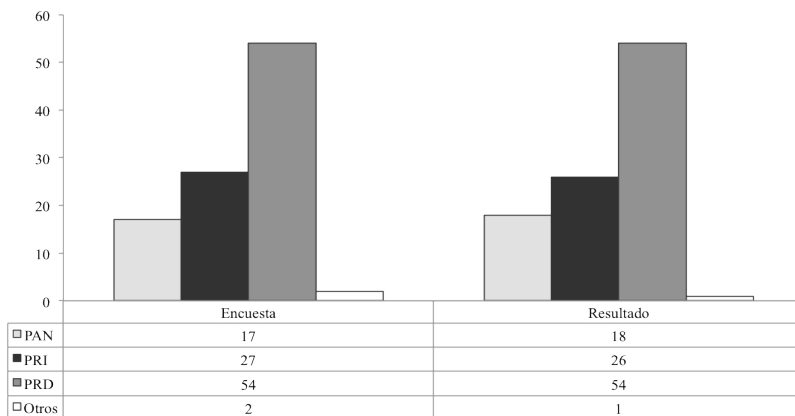
Pero aunque estén poco atendidos y documentados, existen problemas aún más graves, anomalías en las mediciones por encuesta para las que carecemos de explicación y de hipótesis sobre cómo adecuar el proceso de estimación; de tal manera que genere repartos con una mayor exactitud respecto al resultado en las urnas. Un ejemplo de ello se puede tomar de las encuestas de salida de GEA-ISA, durante la jornada electoral de 2012.

26

En esa ocasión, entre otros ejercicios, GEA-ISA se encargó de estudios a votantes a la salida de casillas en entidades colindantes: el Distrito Federal y el estado de Morelos. En ambos estudios se recurrió a similares procedimientos de muestreo; se generaron cuestionarios con iguales reactivos (aunque adecuados para cada caso); se realizó un proceso de capacitación conjunto; se siguieron las mismas técnicas de aplicación, supervisión, trasmisión de datos, validación, codificación, digitalización y procesamiento de resultados. Por ello, lo esperable era que la exactitud de los ejercicios respecto del resultado, fuera semejante, si ello dependía de factores internos a la investigación. Pero no fue así.

GRÁFICA 13

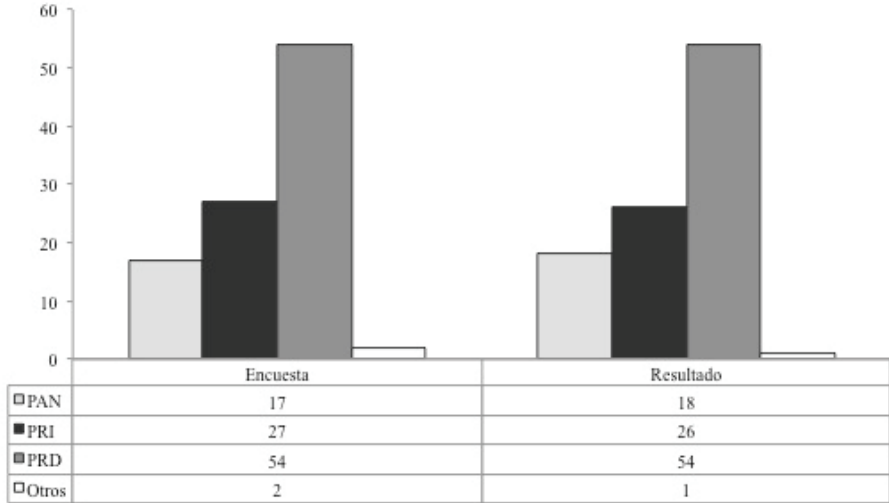
ESTIMACIÓN POR ENCUESTA DE SALIDA DE GEA-ISA DE LA VOTACIÓN PARA PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA EN EL DISTRITO FEDERAL (2012)



Fuente: GEA-ISA, *Encuesta de salida en el Distrito Federal*, 1 de julio de 2012.

GRÁFICA 14

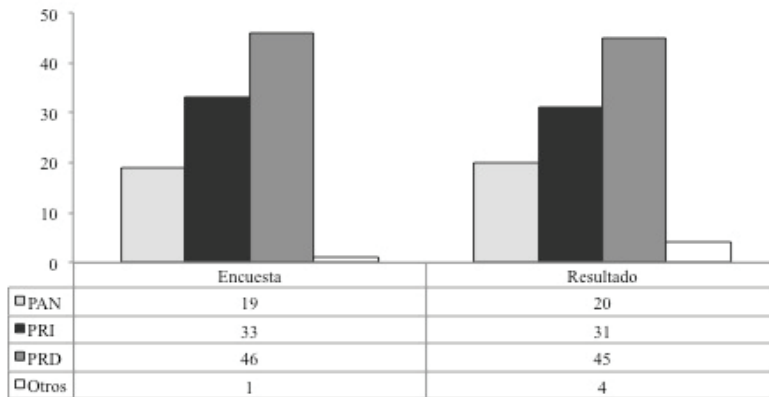
ESTIMACIÓN POR ENCUESTA DE SALIDA DE GEA-ISA DE LA VOTACIÓN PARA JEFE DE GOBIERNO DEL DISTRITO FEDERAL (2012)



Fuente: GEA-ISA, Encuesta de salida en el Distrito Federal, 1 de julio de 2012.

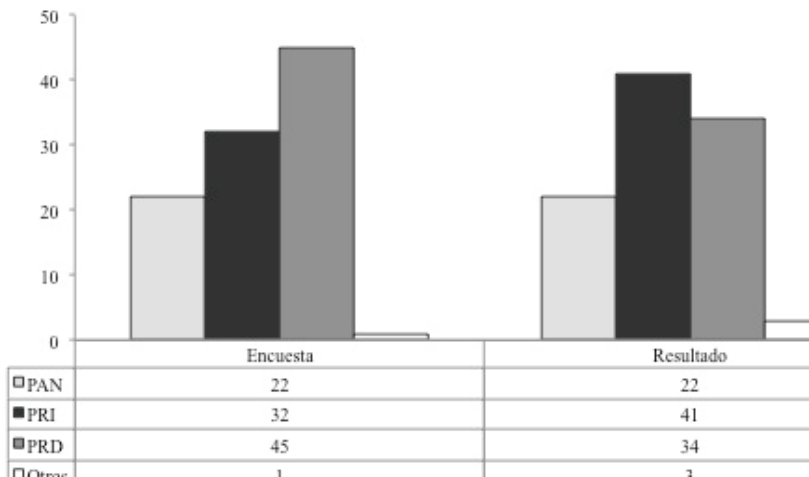
Para colmo, no es que un estudio haya sido exacto y el otro inexacto. Uno de los ejercicios, el del Distrito Federal, (Gráficas 13 y 14) arrojó estimaciones exactas de dos elecciones simultáneas, a pesar de que hubo un elevado voto diferenciado entre las mismas; y en el otro ejercicio, en lo correspondiente al municipio de Cuernavaca (Gráficas 15 y 16), una elección fue estimada de manera exacta y la otra no, presentando una importante desviación con el resultado al no reportarse un voto diferenciado por los informantes.

GRÁFICA 15
ESTIMACIÓN POR ENCUESTA DE SALIDA DE GEA-ISA DE LA VOTACIÓN
PARA GOBERNADOR DE CUERNAVACA, MORELOS (2012)



Fuente: GEA-ISA, Encuesta de salida en el Estado de Morelos, 1 de julio de 2012

GRÁFICA 16
ESTIMACIÓN POR ENCUESTA DE SALIDA DE GEA-ISA DE LA VOTACIÓN
PARA PRESIDENTE MUNICIPAL DE CUERNAVACA (2012)



Fuente: GEA-ISA, Encuesta de salida en el Estado de Morelos, 1 de julio de 2012.

¿Cómo controlar estos fenómenos? ¿Puede atribuirse a condiciones del proceso de encuesta o meramente a la voluntad de los votantes de reconocer en unos casos el sentido real de su voto y en otros no? La evidencia parece clara y contundente: en ocasiones imprevisibles, los electores mienten a los encuestadores al informarles sobre el sentido de su decisión de voto.

CONCLUSIÓN

Las encuestas han sido, en muchos momentos, un factor de certidumbre. Ante la elevada volatilidad presente entre elección y elección, sobre todo en el caso de las contiendas presidenciales, han podido dentro de márgenes adecuados, dar cuenta del formato de la competencia, indicando cuáles de los contendientes efectivamente se encuentran disputando el cargo ejecutivo federal y han logrado detectar una proporción significativa de la variación respecto a eventos previos. Así, regresando a Duverger (1962: 268), “datos aproximados valen más que la absoluta carencia de datos y sobre todo valen más que las suposiciones gratuitas o las visiones empíricas, con las que a menudo se pretende colmar la ignorancia”.

Pero también es cierto que las encuestas electorales se han distado en muchas ocasiones de la demandada exactitud respecto de la distancia entre los dos primeros lugares, invirtiendo el ordenamiento en muchos casos. Estos fenómenos no parecieran ser ni del todo externos ni plenamente internos a los ejercicios de medición: el sesgo sistemático en encuestas nacionales en favor del partido otrora hegemónico, es algo reconocible y eventualmente corregible; el sesgo remanente, aún y cuando pudiera ser sistemático, pareciera ser más algo que ocurre afuera, en los procesos individuales de toma de decisión de los ciudadanos, más que en los procedimientos de investigación en sí mismos. De ser esto cierto, los encuestadores tendrían la obligación de revisar a fondo sus métodos y sus procedimientos de trabajo. Pero los analistas debieran reflexionar mucho más allá de las encuestas, sobre los comportamientos y los procesos de toma de decisión de los electores en nuestra sociedad.

Hay que eludir las explicaciones sencillas, pero contrarias a la evidencia. No se trata de que los encuestadores incrementen los tamaños muestrales, pudiendo con ello mejorar las utilidades de su negocio, en detrimento de las finanzas

de los patrocinadores; no hay cómo soportar esa pretensión. Tampoco hay que echarle la culpa de posibles desviaciones entre mediciones por encuesta y resultados a las altamente cuestionables restricciones para la difusión pública de resultados de estudios por encuesta. La mayor proximidad no pareciera ser condición de mejora en la exactitud; al menos no conforme la evidencia acumulada en el caso de las elecciones presidenciales. Esto no deja de lado el rechazo que puede hacerse a las restricciones a la divulgación mediática de encuestas, que deja a los electores comunes en una condición de desventaja frente a los dirigentes partidarios, funcionarios públicos, candidatos, empresarios, que pueden disponer de multiplicidad de datos que no se hacen del dominio público pero sí pueden incidir en la toma de decisiones de diversos actores con potencial impacto, no solo en lo político sino en lo económico.

Los saldos son contrastantes, hay virtudes y, desde luego, una utilidad social de las encuestas públicas electorales. Nuevamente citando a Duverger (1962:270), “el problema de la predicción es secundario para las ciencias sociales a su actual nivel” y “los éxitos del método son más numerosos que sus fracasos y sus resultados son alentadores”. Pero hay límites que enfrentan, que son consecuencia no solo y tal vez no esencialmente de los métodos de trabajo de los encuestadores, sino de la complejidad creciente de la ciudadanía. Hay mitos que no pueden sostenerse y acusaciones sin fundamento a supuestos fallos regulares que no son la realidad: por lo común, las encuestas logran una exactitud suficiente, adecuada, pero no son profecías, producto del uso de esferas de cristal infalibles. Es ciencia, y como todo conocimiento científico, está sujeto a mejoras, correcciones, equívocos y aciertos. La virtud sería ver a las encuestas como una herramienta científica que permite otear la realidad efímera; una herramienta más útil que opciones mágicas o comentarios, sin más sustento que la percepción subjetiva de un individuo.

Detrás de las limitaciones de las mediciones por encuesta no se trata de inculpar al entrevistado, a los ciudadanos, por posibles prácticas de simulación o por encubrimiento del sentido de su intención de voto en momentos o eventos electorales concretos. Ello puede, en parte, ser secuela de actitudes individuales o grupales para evitar supuestas consecuencias indeseadas por la revelación de su preferencia a un tercero cualquiera y sobre todo ahora, ante la aparición de la posibilidad de candidaturas independientes, que complejiza

la decisión de voto y obliga a los analistas a reflexionar y construir un nuevo modelo del comportamiento electoral del mexicano, a la vez que complica la medición por encuestas.

Más importante aún puede ser la aparición y creciente uso de los ejercicios de empuje del voto a través de encuestas simuladas (los llamados *push polls*). No existen estadísticas ni control de gastos en estos ejercicios por la autoridad electoral, pero se estima que son cientos las llamadas y visitas para buscar incidir en las preferencias de los electores, por cada entrevista científica que se realiza. Si una encuesta puede tener mil casos para lograr la precisión deseada, el objetivo expreso de los *push polls* es llegar a cuanta gente se pueda, haciendo tantos contactos como sea posible.

Pero no podemos dejar de considerar como un elemento que pudiera favorecer el encubrimiento de las preferencias, el carácter cuasi-litúrgico que se ha tomado en el proceso mismo de entrevista y que hace de la ceremonia de entrega, un símil de boleta para su depósito en una urna, el reflejo de una comunión entre el entrevistado y el operador, al que eventualmente, no esté dispuesto el informante. Tal vez ahora habría que reflexionar sobre la pertinencia de alejarse de este ritual, hacia el encuentro de fórmulas que propicien una mayor empatía entre quien busca se le informe sobre algo y quien acepta, supuestamente, informar sobre ello.

Frente a los problemas reales que enfrentan las mediciones por encuesta para lograr exactitud respecto al resultado, el encuestador buscará aproximar lo más posible su última medición al momento de la elección, podrá repetir hasta el cansancio que las encuestas no son pronósticos; recurrirá a habilidades y herramientas demoscópicas y estadísticas disponibles para hacer sus mediciones y podrá buscar detectar los “votantes probables” o intentar “atrapar” en otros reactivos la eventual revelación de las auténticas preferencias del ciudadano que éste pueda ocultar en el tradicional acto de llenado del símil de boleta, y depósito en urna móvil.

Al hacer esto, el encuestador puede “atinarle” o “fallar” respecto al resultado, al decidir simplemente reportar los resultados observados tal cual los obtuvo, excluyendo los casos que no definieron una intención de voto por algún contendiente; o al llevar a cabo un ejercicio de “detección de votantes probables”

o de “calibración”. Al final de cuentas, esta exactitud dependerá, en última instancia, de lo que hagan los electores en el momento de decidir si acuden a votar y a favor de quien lo hacen, lo que son libres de no revelar y de decidir en el acto mismo de ejercicio de su derecho al voto.

Después, cada encuestador o usuario interesado en el tema podrá interpretar, de manera casuística y subjetiva, quién tuvo una medición “certera” y quien “falló”, para lo que pondrá énfasis en el dato que mejor le acomode a y apoyará su explicación en una supuesta presencia o ausencia de uno u otro de los elementos perturbadores que se han referido. Pero no existe ni puede existir realmente un parámetro externo contra el cual medir la veracidad o falsedad de afirmaciones de este tipo; pues en el mejor de los casos, se tomará como referente la propia medición que se pretende avalar. lo que es impertinente en el hacer científico.

Así, los ejercicios de cotejo entre resultados de encuestas y votaciones para valorar la calidad de los estudios, nos lleva a un juego que no cumple los cánones de la ciencia, pues es manifestación de una infalible “petición de principio”. Si una medición por encuesta reflejó una distribución muy próxima al resultado, eso constataría que hubo estabilidad y correspondencia entre la encuesta y la votación; si al contrario, se aleja, se dirá que hubo cambios de las preferencias en el tiempo, patrones inesperados de participación o encubrimiento/falseamiento de intenciones de los informantes. Esta argumentación es lógicamente falaz, dado que la proposición por ser probada se incluye entre las premisas.

A partir de las experiencias narradas, podemos afirmar que es mucho lo que sabemos y hemos logrado informar las casas encuestadoras, pero también mucho lo que todavía desconocemos, como suele ser la condición en el hacer científico en muchos campos. A lo largo del tiempo, las encuestas electorales han ratificado su utilidad y limitaciones, orientadoras para el conocimiento genérico de pesos de los contendientes en la mayoría de ocasiones, no son desde ninguna perspectiva, “pronósticos” que den certidumbre sobre los resultados y los futuros ganadores.

Luego, frente al cúmulo de encuestas públicas que enfrenta, el lector atento no tendría por ahora más opción que guiarse por los indicadores objetivos de la calidad de la medición. Si la empresa responsable del estudio es conocida

y reconocida en el mercado, si cuenta con experiencia, cuál fue el método de aproximación y de selección de la muestra que empleo, qué preguntó, dónde y cuándo, etcétera. Y recordar que, al margen de todos estos datos sobre el proceso mismo de investigación, la exactitud que una encuesta pueda tener con el resultado es un suceso fortuito, ajeno al esfuerzo y seriedad del responsable del estudio.

Los investigadores pueden, a partir de un adecuado diseño muestral, reducir lo más posible el error estadístico de sus mediciones; pueden también, apoyados en la experiencia, evitar sesgos derivados de un equívoco diseño del instrumento de recuperación informativa; pueden velar por un estricto control de calidad en la selección, capacitación y supervisión del trabajo de campo y vigilar la fidelidad de la recuperación de datos del informante desde el momento de la entrevista, hasta la disposición de una base de datos, pasando por procesos de validación, codificación, digitalización y depuración eficientes. Podrán así “colapsar” en un conjunto de registros específicos y cuantificables las “nubes de probabilidad” de las preferencias manifiestas de los informantes entre los contendientes en una elección. Hasta entonces, “es inútil decir ‘es posible que nos equivoquemos’ cuando, si no podemos confiar en ninguna evidencia, tampoco podemos confiar en la evidencia presente” (Wittgenstein, 1988: 302).

Pero no puede pedírsele a los encuestadores que tengan exactitud al apuntar a un blanco en movimiento y cubierto tras oscura neblina, que solo se revelará hasta que se efectuó el cómputo de los votos por los ciudadanos, después de haberse ejercido el sufragio, cuando al fin todos conozcan cómo se “colapso” efectivamente esa “nube de probabilidad” de las preferencias efectivas de los ciudadanos que hayan ido a votar. Mientras, como en la paradoja del gato (Schrödinger, 1935: 807-812), los candidatos estarán “vivos-muertos”. Ni modo: “solo podemos ser ‘sabios’ tras los hechos consumados” (Lakatos, 1985: 226).

BIBLIOGRAFÍA

Comisión Estatal Electoral de Nuevo León (2015). Informe de la Secretaría Ejecutiva de la Comisión Estatal Electoral relativo al monitoreo de publicaciones impresas sobre encuestas por muestreo, encuestas de salida y/o conteos rápidos, de conformidad al acuerdo del Instituto Nacional Electoral INE/CG220/2014, Monterrey, N.L., 22 de junio.

34

Durand, Claire ET. AL (2010), “Why do polls go wrong sometimes?”, en *Annual Conference of AAPOR*, Mayo 13-16, Chicago, Illinois.

Duverger, Maurice (1962). *Métodos de las ciencias sociales*, Colección Demos, Ariel, Barcelona.

GEA-ISA (2003). *Encuesta nacional previa a elecciones federales*, 19-22 de junio.

_____ (2003). *Encuesta simultánea a las elecciones federales para CNI*, 6 de julio.

_____ (2006). Encuestas sobre preferencias electorales en el Estado de Tabasco para el Partido Revolucionario Institucional, 1-3 de septiembre y 30 de septiembre-2 de octubre.

_____ (2006), *Encuesta de seguimiento de las preferencias electorales en el Estado de Tabasco para el Partido Revolucionario Institucional*, septiembre-octubre.

_____ (2012), *Serie de encuestas sobre preferencias electorales en el Estado de Morelos para Editoriales de Morelos*, abril-junio.

_____ (2012), *Encuesta de salida en el Distrito Federal*, 1 de julio.

_____ (2012), *Encuesta de salida en el Estado de Morelos*, 1 de julio.

_____ (2015), *Encuestas sobre preferencias electorales en el Estado de Nuevo León*, 8-9 de mayo y 23-25 de mayo.

Instituto Federal Electoral (2001), *El papel de las encuestas en las elecciones federales. Memorias del Taller Sumiya 2000*, Instituto Federal Electoral-Asociación Mexicana de Agencias de Investigación de Mercado y Opinión Pública-Colegio Nacional de Actuarios, México.

(2010), *Memorias del seminario: encuestas y elecciones 2006*, Instituto Federal Electoral-Asociación Mexicana de Agencias de Investigación de Mercado y Opinión Pública-Asociación Mundial de Investigadores de la Opinión Pública-Consejo de Investigadores de la Opinión Pública, México.

(2012), *Séptimo informe que presenta la Secretaría Ejecutiva al Consejo General del Instituto Federal Electoral respecto del cumplimiento del Acuerdo CG411/2011, por el que se establecen los lineamientos así como los criterios generales de carácter científico que deberán observar las personas físicas y morales que pretendan ordenar, realizar y/o publicar encuestas por muestreo, encuestas de salida y/o conteos rápidos durante el Proceso Electoral 2011-2012*, México, 26 de julio.

Instituto Nacional Electoral (2014), *Acuerdo INE/CG220/2014 del Consejo General del Instituto Federal Electoral por el que se establecen los lineamientos; así como los criterios generales de carácter científico que deberán observar las personas físicas y morales que pretendan ordenar, realizar y/o publicar encuestas por muestreo, encuestas de salida y/o conteos rápidos que tengan por fin dar a conocer preferencias electorales, así como preferencias sobre consultas populares, durante los procesos electorales federales y locales*, 22 de octubre, México.

Lakatos, Imre (1985). “La historia de la ciencia y sus reconstrucciones racionales”, en Ian Hacking, (comp.), *Revoluciones científicas*, Fondo de Cultura Económica, México.

Mosteller, Frederick (1949). “Measuring the error”, en *The Pre-election Polls of 1948, Report of the Committee on Analysis of Pre-election polls*

and forecasts, Chapter V, Bulletin 60,, Social Science Research Council, Nueva York.

Parametría (2015). “¿Quiénes votaron por “El Bronco”?”, en *Carta paramétrica*, (36 9 de junio.

Raphael, Ricardo (2015). “El independientómetro”, en *El Universal*, 22 de junio.

Schrödinger, Erwin (1935). “Die gegenwärtige Situation in der Quantenmechanik”, en *Die Naturwissenschaften*, año. 23, fasc. 48, noviembre, pp. 807-812.

Shapere, Dudley (1985). “Significado y cambio científico”, en Ian Hacking (comp.), *Revoluciones científicas*, Fondo de Cultura Económica, México.

Stewart, Ian (2015). *17 ecuaciones que cambiaron el mundo*, Drakontos, México.

Wittgenstein, Ludwig (1988). *Sobre la certeza*, Gedisa, Barcelona.